

El anotador

Juan Sabia

Ilustraciones de O'Kif-MG

loqueleo

A mis sobrinos:

*Silvina Cianci, Diego Cianci, Clelia Díaz,
María Laura Díaz, Ayelén Chavez, Nicolás Tesauri,
Nahuel Chavez, Ailín Chavez, Micaela Cianci,
Macarena Cereijo, Lucas Margni y Germán Fiore.*

Anotador de estreno



Pablo, todavía en pijama, entró corriendo a la cocina todo despeinado. Llevaba en brazos a Tamarinda, su gata, que también estaba un poco despeinada. Su mamá estaba sirviendo el desayuno.

—Buen día —dijo ella (la mamá, claro, porque aunque la gata es muy educada, casi nunca habla, salvo para decir algún “miau” de vez en cuando).

Pablo le dio un beso.

—Estábamos Nico y yo, ma —empezó a contar.

—El desayuno se enfría —contestó ella.

Pablo se sentó a la mesa y dejó que la gata fuera a tomar su leche tibia. Tortu, que andaba por ahí, se alejó obediente hacia el

patio, a buscar alguna hoja de pasto para su desayuno de tortugo.

—¿Estabas con Nico dónde?

—En el sueño que tuve, ¿dónde va a ser? —dijo Pablo con la boca llena—. Tamarinda y Tortu estaban jugando a la oca en la casa de Nico.

—¿Una gata y un tortugo jugando a la oca?

—Sí, aunque no lo creas. Y más increíble todavía, Nico y yo éramos las fichas. Teníamos que esperar quietos en nuestro casillero a que tiraran el dado para ver cuántos pasos podíamos avanzar. Pero yo no me podía aguantar la risa porque Nico se la pasaba haciendo cosas con la cara.

—¿Morisquetas? —preguntó la mamá.

Pablo asintió con la cabeza y tomó un sorbo de té con leche.

—Tortu se enojaba conmigo y decía con voz de tortugo cansado: “Así no se puede seguir jugando”. Entonces se metía en su caparazón con dado y todo.

—Sin pies ni cabeza —dijo la mamá.



—Sí. Cuando Tortu se esconde no se le ve nada.

—El sueño, quiero decir. No tiene ni pies ni cabeza.

Pablo se quedó un momento mirando fijo el frasco de jalea de sandía, tratando de imaginarse cómo sería un sueño con pies, o con cabeza, o rodillas o cachetes.

—Aunque, no sé, Pablín —siguió hablando la mamá, que siempre lo llama Pablín, salvo cuando está enojada con él, que le dice Pablo Federico Medrano—. Me suena a algo que leí hace mucho. Tendrías que anotarlo para poder recordarlo.

Pablo levantó la vista de la jalea y miró a su mamá con los ojos bien abiertos. ¡Se podían anotar ideas para no olvidarlas!

—¡Genial! —gritó.

Todavía con media tostada en la mano, se fue corriendo a su cuarto (cada vez que Pablo tiene muchas ganas de hacer algo, lo hace corriendo). Se puso el resto de la tostada en la boca y tomó de un cajón un anotador nuevo, sin nada escrito.

Sin pies y sin cabeza

fue el título que puso en la primera página, en el centro del primer renglón, haciendo la letra lo más redonda que pudo. A continuación, escribió todos los detalles que se acordaba de su sueño:

Que la gata Tamarinda tiró el dado y sacó un seis.

Que Nico dio seis pasos largos, sin parar de poner caras de lo más ridículas.

Que a él le dolía la panza de tanto tratar de aguantarse la risa.

Que Tortu, enojado, abandonó. Seguro que el enojo del tortugo se debía a que iba perdiendo. También, Tortu era lento hasta para jugar: nunca sacaba más que un uno con el dado y él apenas podía avanzar de a un paso.

Pablo también dibujó en el anotador tres de las morisquetas que Nico había hecho en el sueño. Después estuvo bastante tiempo pensando un chiste, hasta que se le ocurrió uno y lo anotó a continuación.

—¿Saben cuál es el colmo de un dado? —les leyó a las fichas del juego de la oca después de sacarlas de la caja y ponerlas en fila sobre el piso—. Que lo hayan dado, aunque nadie lo haya pedido.

Las fichas ni se mosquearon porque el chiste les pareció muy malo. Solo a Tamarinda, la gata, le causó gracia la morisqueta que Pablo hizo después de contar el chiste y se fue a reír en silencio debajo de la cama, para que nadie la viera.

Pelos en la almohada



amarinda, la gata, pierde el pelo. No es que salga a pasear distraída y que, al volver, ya no tenga su pelo y no lo pueda encontrar por ninguna parte. No; como todos los gatos, Tamarinda va cambiando el pelaje y le crecen pelos nuevos mientras los más viejos se le van cayendo.

En las épocas en que Tamarinda pierde más pelo, cada vez que Pablo le hace una caricia, se queda con muchos pelos blancos en la mano. Él siempre creyó que se debería poder hacer algo con tanto pelo suelto.

Lo primero que se le ocurrió fue hacer una peluca, pero le pareció que debía ser muy difícil, para eso había que ser un peluquista especializado.

Juntar unos con otros los pelos para hacer hilo de coser tampoco funcionó: atar

dos pelos seguidos costaba mucho trabajo y no bien conseguía hacer un nudo entre dos, los pelos se volvían a desatar por su cuenta.

Y aunque cada tanto seguía pensando, nunca se le ocurrió nada útil para hacer con los pelos perdidos.

Una mañana, al despertarse, Pablo notó que su almohada se había caído al piso. Mientras la acomodaba sobre la cama, vio que su anotador estaba abierto sobre la mesa de luz. Había un poema escrito con letra un poco retorcida.

Danza

La gata Tamarinda,
peluca de rayuela,
maílla tonadas blancas
con aires de zarzuela.

Enérgico el tortugo,
con arco de gitano,
hila una danza sorda
caparazón en mano.